

Los hombres, ¿son o se hacen? Discursos y prácticas de la sexualidad entre jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires

Pighin, Romina (romina_pighin@hotmail.com)

Rezzonico, Guadalupe (guada_rezzonico@yahoo.com.ar)

Universidad del Salvador, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Sociología

Buenos Aires, Octubre de 2008

1. Resumen

La **sexualidad** como trama de **representaciones** que involucra **discursos, prácticas y valores** contruidos socialmente; los **jóvenes** como reproductores y productores de significados; y la **masculinidad** como universo apenas explorado, ajeno y a la vez cercano para nosotras, fueron nuestras mayores motivaciones y los ejes centrales de nuestro trabajo.

Exploramos, desde una **perspectiva de género**, en los significados y en el vínculo entre los discursos y las prácticas de la sexualidad de los jóvenes, atendiendo a los **saberes, nociones de riesgo y cuidado**, a los **vínculos y experiencias** vividas a lo largo de sus **trayectorias sexuales**.

Utilizamos un **diseño de investigación cualitativo**, realizando un estudio de casos con **entrevistas en profundidad entre jóvenes de entre 18 y 24 años**, universitarios, residentes en Buenos Aires.

Como hallazgos, comprendimos que los discursos y las prácticas de la sexualidad se encuentran inmersos dentro de un conjunto de significados y creencias que trascienden a las trayectorias individuales, y cuyo origen se encuentra en las **transformaciones de los valores y de los vínculos afectivos**, como así también en las **nuevas modalidades de vivir la masculinidad y la**

sexualidad. Partimos del discurso masculino sobre la práctica sexual y arribamos a la reflexión sobre los modos de vincularse en la sociedad actual.

2. Introducción

A partir de la noción de educación sexual, y atendiendo al contexto particular, nos encontramos ante una sociedad que comienza a cuestionar y debatir la necesidad de tomar decisiones, por lo que surge inicialmente un proyecto y, luego de idas y venidas, la aprobación del PROGRAMA NACIONAL DE EDUCACION SEXUAL INTEGRAL (Ley 26.150). Así empezamos a considerar la importancia del acceso a la información para poder pensar y actuar con mayor libertad. Obviamente, además de la información, existe el ejercicio de la sexualidad... es ahí donde surgieron los interrogantes, ¿por qué el acceso a la información por parte de jóvenes de estratos medios – altos no se traduce muchas veces en acciones más “responsables” en términos de cuidado y prevención?, ¿qué otras variables se ponen en juego y cobran un papel importante a la hora de la puesta en práctica de la sexualidad?

A partir de estas ideas preliminares, nos enfocamos en los jóvenes varones de estratos medios y en la práctica de la sexualidad como temáticas generales; y particularmente en el significado de la sexualidad tanto en el discurso como en las prácticas de los jóvenes, atendiendo al saber en torno a la temática, a las diferentes experiencias transitadas, incluyendo los diferentes vínculos generados, y a los mitos, sensaciones y valores que subyacen a dichos discursos y a las diversas prácticas de la sexualidad. Y nos interesamos por comprender la mirada masculina en torno a una temática en la que se ha relegado a los hombres a un abordaje periférico cuyo centro se ubica en problemáticas exclusivamente femeninas.

Respecto a la distinción de género, consideramos que los puntos de encuentro para el análisis de la problemática son innegables, pero también consideramos que ciertas sensaciones, inquietudes, presiones compartidas son parte de una posición que nos diferencia y de la cual no podemos renegar sino comprender como actores sociales inmersos en dichos condicionamientos. Nunca vamos a ser iguales, pero sí podemos escucharnos y comprendernos, y aceptar las diferencias,

poniéndonos en el lugar del otro, explorando en los significados y en los valores que hay detrás de los sujetos.

Este es el punto de partida. Algunas preguntas iniciales: qué es lo que saben los jóvenes sobre sexualidad, cuidados y riesgos; cuánto de lo que hacen, lo hacen porque quieren, cuánto por cumplir con un mandato impuesto o por el “qué dirán”; cuán libres se sienten al momento de tomar decisiones; cuál es la importancia de los vínculos y de los otros significantes; cuál es el significado y los valores que subyacen a los discursos y las prácticas.

En este contexto surge el problema de investigación y los objetivos específicos que nos hemos propuesto responder en el presente trabajo:

Problemática general

- Explorar las relaciones entre los discursos y las prácticas en la sexualidad de los jóvenes residentes en la Ciudad de Buenos Aires, atendiendo a las nociones de riesgo, cuidado, vínculos y experiencias vividas a lo largo de las trayectorias sexuales.

Objetivos específicos

- Describir la experiencia previa, los recursos simbólicos y significados que los jóvenes construyen sobre el cuidado y la percepción de riesgo en torno a la sexualidad en la etapa anterior a la iniciación sexual.
- Conocer los distintos tipos de vínculos que los jóvenes mantienen a lo largo de sus trayectorias sexuales, y la relación de éstos con las nociones de cuidado y percepción de riesgo involucradas.
- Indagar en la planificación y el comportamiento anticonceptivo de los jóvenes en cada uno de sus vínculos, atendiendo a las diferentes dimensiones que se encuentran presentes a lo largo de la trayectoria sexual (posibilidad de diálogo y negociación anticonceptiva, presencia de estimulantes, rol del grupo de pares, etc.)
- Comprender el vínculo entre los discursos y las prácticas sexuales de los jóvenes a partir de la exploración en los valores y creencias que se encuentran inmersos.

3. Supuestos teóricos

El lugar de las representaciones sociales en la construcción de la sexualidad

La temática de las representaciones sociales nos sitúa en la necesidad de conocer los procesos sociales de construcción de la realidad y la manera en que el conocimiento se construye y reconstruye a partir de esa misma realidad. La representación social se refiere a una forma de conocimiento social, por lo que su estudio en relación a la construcción y reconstrucción de las nociones sobre sexualidad que elaboran los jóvenes, es para nosotros un eje de la investigación.

La conducta humana es una acción que además de verse constreñida por estructuras sociales que la anteceden, está cargada de sentido y de intenciones presentes y futuras. Dentro de este marco, las representaciones sociales son la mediación simbólica entre los sujetos y su realidad circundante. Actúan como vínculos entre la realidad exterior y el mundo interior. Tanto por el origen social de dichas imágenes, como por su carácter de esquemas de percepción y acción, son elementos privilegiados para el análisis de la problemática de investigación.

Así, las representaciones sociales son esquemas de conocimiento compartidos acerca de "objetos sociales" que adquieren así una tipicidad. Son elaboraciones del "sentido común", de la experiencia cotidiana que orientan la conducta de las personas de un grupo social. Por ejemplo, existe una representación social de lo que es un médico, de lo que es el SIDA, de lo que es el amor, etc. Las representaciones sociales se construyen a propósito de roles concretos (ser padre, ser "novio", ser hombre...), de etapas de la vida (adolescencia, vejez...) de situaciones que afectan a las personas (un desocupado, un enfermo de HIV Sida...).

Nociones de género: condición e identidad

¿Qué significa ser varón o mujer? La diferencia sexual orgánica que poseen hombres y mujeres tiene un correlato paralelo en el mundo de los significados. Esta cuestión es la que tratamos de develar en este apartado.

A la diferencia orgánica entre el hombre y la mujer se la denomina **sexo**. Lamas afirma que el concepto de género, implica relaciones sociales entre los sexos. Por tanto, el término **género** refiere a ideas, prescripciones y valoraciones sociales sobre lo masculino y lo femenino. Encontramos que el género es producto de una simbolización que elaboran las distintas culturas acerca de las diferencias entre los sexos, estableciendo normas y expectativas sobre roles específicos, así como conductas y comportamientos de acuerdo a diferencias biológicas expresadas en el cuerpo. Mediante el proceso de constitución del género, la sociedad fabrica las ideas de lo que deben ser hombres y mujeres, lo que es propio de cada sexo. (Zamberlin en Checa 2005).

Consideramos a la representación de género como una de las dimensiones más constitutivas en el proceso de construcción de la propia identidad. Ahora bien, ¿en qué consiste la identidad? Fuller (1997) afirma que "la identidad es el conjunto de representaciones del yo por el cual el sujeto comprueba que es siempre igual a sí mismo y diferente a otros. La identidad desempeña un rol estructurador que no sólo da coherencia a la existencia sino que establece un puente entre la experiencia personal y social (...) No es estática, sino que cada persona la va reajustando a lo largo de las diferentes etapas de su vida y de acuerdo al contexto en el que actúa". (Fuller, 1997; 17)

La **identidad de género**, a diferencia de otras identidades sociales, que se fundan en posiciones que pueden variar, es un hecho fundante en la subjetividad humana que se inscribe en el cuerpo y lo constituye en femenino, masculino o desviante (Fuller 1997; 17).

Pero ¿qué significa poseer una identidad en este sentido? Siguiendo a Fuller, corresponde al sentimiento de pertenencia al sexo masculino o femenino.

La identidad de las personas se va conformando a partir de discursos que contienen guiones y normas de conductas correspondientes a cada género. Estos son internalizados durante la primera infancia (socialización primaria), enmarcadas en relaciones cargadas de afecto. La identidad de

género es una de las capas más profundas de la identidad personal, una guía fundamental para la actuación en el mundo y uno de los soportes biográficos centrales en la construcción del relato de sí mismo. (Fuller 1997). Las representaciones de género, comienzan a ser internalizadas en las edades más tempranas de la infancia. Pero continúan reelaborándose en las sucesivas etapas de socialización secundaria, donde el sujeto se incorpora a nuevas instituciones, con nuevos y diferentes discursos. Entre estos canales de socialización, los más comunes son el grupo de pares, el colegio, la universidad, el trabajo, etc. Fuller supone que dentro de cada uno de ellos, el sujeto desarrolla diferentes definiciones sobre lo que es ser varón o mujer. (Fuller, 1997)

La identidad es atravesada y conformada por diversos discursos que se utilizan para dar sentido a la actuación de los sujetos en los diferentes ámbitos en los se desenvuelven cotidianamente. Son esos mismos ámbitos los que confieren sentido a las experiencias personales y sociales. Son las representaciones que cobran realidad a través de la actuación y establecen las fronteras contra el dominio de lo abyecto. (Fuller, 1997)

En definitiva, para pensar concretamente qué es la identidad de género, es necesario tener en cuenta, según Fuller, las siguientes dimensiones:

- Los **discursos** (ciencia, religión, tradición, filosofía) que establecen lo que es y debe ser tanto el varón y la mujer.
- Las **representaciones de género** (que a su vez se nutren de esos discursos). Las mismas cobran realidad, a través de la actuación y establecen sus fronteras al contrastarse contra el dominio de lo abyecto.
- Las **instituciones de socialización** que las transmiten, refuerzan, o difunden los discursos de roles, normas, etc.
- Las **relaciones sociales** en las que las representaciones de género son reproducidas, revisadas o cuestionadas por los actores sociales.

Las identidades de género configuran las prácticas de los individuos. En este sentido, las experiencias vividas implican, por un lado la adscripción a una posición dentro de las relaciones de género, a prácticas por las cuales los hombres y mujeres asumen esa posición; y por otro, los efectos de esas prácticas en la personalidad, en la experiencia corporal y en la cultura.

La masculinidad: parámetros de una hegemonía sostenida por los hombres

La construcción de la identidad de género -medio a través del cual hombres y mujeres se socializan y adquieren los significados que connotan su sexo-, presenta peculiaridades para cada caso singular. De todas maneras, la masculinidad es un concepto amplio que presenta sus propias teorizaciones.

Consideramos que sólo es posible comprender la masculinidad, desde el origen relacional del concepto. "Ya sea que se piense como complemento u oposición, la definición parte del reconocimiento de la diferencia con lo femenino (...) Así, se observa que las nociones acerca de lo masculino se asocian con lo relacional; fuerte; activo; productivo; valiente; responsable y conquistador, mientras que lo femenino suele asociarse con lo emotivo; débil; pasivo; asustadizo; y dependiente" (Faur, 2004; 49)

En este sentido, Faur afirma que las características más valoradas en el mundo occidental moderno coinciden con lo socialmente atribuido a lo masculino. Evidentemente, la condición de masculinidad se caracterizó, a lo largo de la historia cultural de Occidente, por tener una preponderancia (pensando sobre todo en relaciones de poder) sobre la condición femenina. Si bien hoy en día la mujer está ocupando mayores espacios, principalmente públicos, que antes le eran vedados, la dominación masculina sigue siendo la norma y no la excepción. Esta prioridad del sexo masculino tiene su origen en lo que Bourdieu denomina ***violencia simbólica***.

En este sentido, Urresti sostiene que la concepción del varón tradicional es producto de la construcción de una cultura con predominio masculino legitimado. En esa trama, la mujer aparece como un ser débil, pasivo en la sexualidad, necesitado de cuidado y protección, destinado al hogar y al cuidado de los niños. En contraposición, el hombre es una criatura fuerte, activa, posesiva en la sexualidad, competitiva, batalladora, encargada de transmitir la ley, preparado para ejercer la autoridad. (Urresti en Margulis, 2003)

Tomando a Bourdieu, existe una **relación de dominación** entre ambos géneros que los posiciona dentro del espacio social de manera asimétrica. En este sentido, afirma que "la fuerza del orden masculino, se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos

capaces de legitimarla (...) La división entre los sexos parece estar en el “orden de las cosas”, como se suele decir para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable: se presenta a un tiempo en su estado objetivo, tanto en las cosas, como en el mundo social y, en estado incorporado, en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes, que funcionan como esquemas de percepción, tanto del pensamiento como de la acción.¹ (Bourdieu, 2000; 22)

¿Cómo se delimita entonces lo masculino de lo femenino? Esta delimitación se realiza a través de un trabajo de construcción simbólica que incluye, “una operación preformativa de motivación que orienta y estructura las representaciones, comenzando por las representaciones del cuerpo; se completa y se realiza en una transformación profunda y duradera de los cuerpos, (...) impone una definición diferenciada de los usos legítimos del cuerpo, sexuales sobre todo, que tiende a excluir del universo de lo sensible y de lo factible todo lo que marca la pertenencia al otro sexo, para producir ese artefacto social llamado un hombre viril o una mujer femenina” (Bourdieu 2000; 24).

Marcelo Urresti afirma que las características específicas de la masculinidad estarían enmarcadas dentro del concepto de **virilidad**. Se refiere con ello a los imperativos que llaman al hombre a tener una postura obligada: ser varón implica ser impulsivo, y tomar la iniciativa, estar siempre en situación de actividad, reducir la sexualidad al coito y ejercerla como descarga, hacer de la mujer un objeto de posesión, pasivo y satisfactorio. (Urresti en Margulis 2003). Dicha virilidad es el resultado de las diversas instancias de socialización por las que los sujetos atraviesan desde el nacimiento.

Siguiendo a Fuller, la virilidad es la dimensión propia del lado natural de la masculinidad. Se refiere a la sexualidad activa y a la fuerza física como atributos principales. Constituiría el núcleo de lo masculino porque está vinculada con la biología, y se encuentra instalada en el cuerpo y por ese motivo es universal e invariable. En este sentido, la virilidad se representa como natural ya que todo varón nace con órganos sexuales masculinos y posee fuerza.

¹ Esquemas que el autor denomina con el término *habitus* y que engloba todas estas consideraciones.

Este “privilegio masculino” de ubicarse dentro del espectro de “dominador” en términos de Bourdieu, no deja de ser una trampa puesto que obliga a cada hombre a afirmar la virilidad en cualquier circunstancia, convirtiéndola en una carga.

Urresti coincide con esta apreciación de Bourdieu en el sentido de que este varón (que denomina de tipo tradicional) responde al prototipo patriarcal, que supone dominación, jerarquía de valores, virtudes y roles, autoridad legitimada y límites precisos, una división tajante de roles, y especialmente, un sitio de privilegio y superioridad en relación con las mujeres. (Urresti en Margulis, 2003)

En definitiva, presentamos una mirada tradicional de la masculinidad, donde el concepto de virilidad aparece como fundante y es relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la femineidad, marcando allí el límite de lo abyecto.

Sin embargo, en la actualidad, ¿es posible seguir hablando del poder masculino sobre el femenino? No se puede negar que somos testigos de una redefinición de roles, producido por el avance histórico de las mujeres. Asimismo, asistimos al cambio de otras circunstancias y factores sociales que han impactado profundamente en la estructura tradicional dejando una situación de particular desorientación en los varones, visible en la forma de crisis, sintomatizada en emergentes que estarían expresando el comienzo del fin de ese modelo masculino tradicional. (Urresti en Margulis 2003)

"El cambio de siglo permite construir hipótesis sobre la profundidad de los cambios operados en las relaciones de género y en las definiciones de masculinidad y femineidad. Todo indica que nos encontramos en un momento histórico en el cual conviven prácticas y discursos tradicionales y modernos. Y los mismos se articulan de muy diversos modos." (Faur, 2004; 62)

La identidad masculina se encuentra en una etapa de cambios, pero éstos no son originados exclusivamente por el conocido avance femenino, sino también por el rechazo de los hombres en aceptar esos mandatos masculinos tan estructurados. En este sentido, Urresti afirma que este modelo ha oprimido tanto a mujeres como a varones (Urresti en Margulis 2003).

En la actualidad, los sujetos deben adaptarse a un contexto social, cultural, económico y afectivo caracterizado por los cambios rápidos, al tiempo que, contradictoriamente, se conservan algunos

valores y costumbres del pasado y siguen influyendo viejos modelos respecto de cómo debe ser la mujer. En este sentido, los varones, que deben procesar en sus relaciones de pareja la mayor autonomía y libertad de la mujer se encuentran todavía apegados a modelos femeninos más tradicionales, que les garantizan roles activos y les permiten aferrarse a modelos de masculinidad en los que se sienten más seguros.

En definitiva, este nuevo paradigma que está emergiendo no encuentra fronteras marcadas, y se percibe de manera ambigua. Estructuras tradicionales conviven hoy con modelos innovadores en este sentido.

Estos cambios estarían encabezados no sólo en el ámbito privado (donde por ejemplo, las responsabilidades al interior de la familia entre hombres y mujeres tienden a aproximarse), sino también en el ámbito público (en especial, en el mundo laboral, en el terreno comunitario, y en la política. (Faur, 2004)

Las transformaciones producidas en la visión de la masculinidad son cuestiones relevantes para los fines de nuestra investigación. Los varones que estudiamos son jóvenes de entre 18 y 24 años, nacidos en tiempos en que los cambios socioculturales se comienzan a tornar evidentes. Suponemos que sus representaciones sociales sobre la masculinidad y concomitadamente sus identidades masculinas, alternan componentes propios de la masculinidad tradicional (sobre todo los referidos a la virilidad) con componentes de una visión moderna de lo masculino (que contempla mayor igualdad en las relaciones sociales entre los géneros).

Comprender dicha dualidad en torno a la masculinidad se convierte en una dimensión significativa en el abordaje de las percepciones de riesgo y cuidado que contemplan los jóvenes.

Nuevas identidades

Hasta aquí se han desarrollado las diferentes conceptualizaciones que refieren a la constitución de las identidades de género, y particularmente, a la constitución de las identidades masculinas. Durante los últimos años, se ha asistido a nuevas teorizaciones sobre la constitución de identidades, denominadas usualmente como “postmodernas”. Así, nos encontramos con identidades menos permanentes o universales, más flexibles y cambiantes, tal como se expresan en las identidades de género.

A la luz de las transformaciones socioculturales de la época, los análisis teóricos en torno de las identidades, han abordado la problemática de la identidad atendiendo en particular a la heterogeneidad y la fragilidad de los lazos identitarios. En este sentido, consideraremos las nuevas conceptualizaciones que problematizan la formación de identidades – y por consiguiente la formación de identidades sexuales- a partir del principio de muticulturalidad.

Superando la conceptualización identitaria meramente a partir de la categoría de género, el intento de identificar categorías para la demarcación de un diagrama identitario ofrece desde el inicio algunas ambigüedades. La pregunta sería, ¿cómo establecer criterios mediante los cuales delimitar las fronteras de las identidades sexuales? ¿Se trataría de la identificación sexual, de la orientación sexual? De las prácticas sexuales? (Sabsay L. en Leonor Arfuch: 2002, 157) En este sentido, todas las posiciones identitarias que no conciben con la heteronormatividad que se proponen como representativas de posiciones no hegemónicas (es decir por fuera de la representación heterosexual) revisten de un carácter al menos problemático.

Los jóvenes y la sexualidad

Según Leonore Tiefer (1995), “para muchos científicos sociales es un truismo –es decir, una verdad de Perogrullo – afirmar que el sexo no es un acto natural”. Esta definición por la negativa implica que la sexualidad no es algo dado naturalmente, sino que es construida socioculturalmente y eso incluye tanto las prácticas sociales como los significados atribuidos a ellas y a la sexualidad en general. Asimismo, siguiendo a Ana Kornblit, los discursos vigentes en una sociedad acerca de la sexualidad, son la materia prima que habilita y legitima las modalidades posibles de las ideas que las personas se forjan sobre ellas y de las prácticas sexuales.

En este sentido Giddens (1995), en su libro *La transformación de la intimidad*, plantea la diferencia entre tres tipos de amor: el **amor pasión**, el **amor romántico** y el **amor confluente**. El primero suscribe con mayor fuerza la relación con la sexualidad y su experiencia se caracteriza por una vivencia de urgencia en el presente que hace que casi siempre entre en conflicto con las rutinas de la vida cotidiana.

El amor romántico individualiza a quienes lo experimentan, y se asocia el amor y la libertad como valores deseables que condicionan la autorrealización. Si bien la sexualidad está incluida en él, no es el ardor sexual lo que prima, sino la idealización del otro, la aprehensión intuitiva de sus cualidades, que lleva a concebir la relación con ese otro como la única alternativa de completud del sí mismo. Más que el encuentro sexual, presupone un encuentro psíquico con proyección de futuro. El tercero de los tipos descritos por Giddens, el amor confluyente, se construye sobre la base de una "relación pura", entendiendo por tal una relación que las personas mantienen por ella misma, y no en función de lo que obtienen a partir de ella (por ejemplo, seguridad, cuidado, afecto o prestigio). Este tipo de relación se mantiene en la medida en que ambas partes encuentran satisfacciones en ella. A diferencia del amor romántico, en el que el otro es imbuido de los valores del sí mismo, independientemente de que los encarne o no de hecho, el amor confluyente surge del reconocimiento de los valores del otro a partir de una mutua apertura que, en la medida en que perdura como tal, puede también, en función de cambios posibles, llevar a la finalización de la relación. La contingencia, y no la pretensión de inmutabilidad a través del tiempo del amor romántico, es la característica del amor confluyente.

Respecto de las representaciones referentes a la sexualidad de los varones específicamente, Norma Fuller afirma que se encuentran vinculadas con la virilidad, el aspecto natural de la hombría. Sin embargo, éstas últimas comienzan a ser cuestionadas por los mismos varones. "Las relaciones sexuales y afectivas están siendo redefinidas debido a los cambios en curso en las representaciones sobre sexualidad, sobre las relaciones hombre / mujer y, particularmente, por un giro en las sensibilidades masculinas. De manera creciente los varones se niegan a separar el amor de la sexualidad y rechazan las prácticas destinadas a moldear sus sensibilidades para producir ese corte" (Fuller, 1997; 153).

Otra dimensión de interés es la relación entre masculinidad y sexualidad, se encuentra estrechamente relacionada con el lugar que ocupa la práctica sexual en las vidas de los varones. En este sentido, pareciera existir una correlación positiva entre la importancia que se le otorga y el tipo de concepción, es decir, el significado atribuido y la posición que prescriben. Cuando asumen la actividad sexual como parte primordial de sus vidas, significa que tienen una concepción más tradicional de la sexualidad. Aquellos varones que se alejan de dicha concepción, al momento de vincularse con una mujer, priorizan, antes que el aspecto meramente sexual, la

comunicación, el compañerismo y el plano afectivo dentro de la relación de pareja. (Infesta Domínguez, 1996)

Jóvenes e iniciación sexual

Desde una mirada cualitativa, observamos que la entrada a la sexualidad en la adolescencia se manifiesta como una secuencia coreográfica: besos profundos sobre la boca, acariciar el cuerpo del/a otro/a, ser acariciado/a, caricias y contactos genitales sin penetración, penetración. Los/as jóvenes intercambian besos y caricias con diferentes compañeras/os antes de tener la intención de considerar un contacto de penetración con alguno de ellos/as. A este período se lo denomina *flirt*², período sensible y próspero para los autores para dedicar esfuerzos a la educación en cuestiones de género y prevención (Sikos, 2000).

Según Margulis, en el caso de los hombres, se reconoce un mandato cultural específico que valoriza su iniciación más temprana y un papel activo en la sexualidad. Sin embargo, deben procesar el cambio en el rol de la mujer, ya que muchas veces se encuentran apegados a modelos femeninos más tradicionales. Muchas veces el modelo masculino que poseen no es congruente con sus expectativas sobre los roles femeninos, marcando cambios en el vínculo afectivo que se genera entre ambos sexos. En general, los varones no se sienten seguros ante la mayor independencia, libertad e iniciativa de sus parejas, sino que es todo lo contrario.

El debut sexual representa un hito importante en la vida de las personas. Las prescripciones y expectativas sociales dominantes otorgan a la iniciación de los varones el carácter de requisito de ingreso al mundo masculino adulto. La sexualidad activa es por ello un rasgo constitutivo de la identidad masculina. En este sentido, la iniciación sexual puede ser considerada como una “experiencia formativa” capaz de influir en las formas en que un individuo se percibe y valora a sí mismo en tanto ser sexuado y por lo tanto capaz de marcar caminos y estilos en el ejercicio de la sexualidad en las diferentes etapas de la vida. (Laumman en Schufer y Geldstein, 2004),

La experiencia sexual después de la primera vez

² *Flirt*: el tiempo que separa el intercambio de besos y caricias no genitales del coito.

En esta etapa, los primeros encuentros sexuales marcan una dicotomía en la consideración de las mujeres, que según Fuller caracterizan a lo que se denomina “doble moral”. Los primeros encuentros sexuales, más ocasionales, se producen con mujeres en las que el enamoramiento no se produce. A la mujer amada no se la considera dentro de éste ámbito de sexualidad libre. Es que ese “ideal de mujer” forma parte de la consideración de futura esposa y por ende, en principio no debiera conducirse con los mismos principios.

Sin embargo, esta dicotomía puede cuestionarse en el sentido de que “la ética de la autenticidad y del erotismo libre, difundida por los medios de comunicación y por algunos discursos alternativos a los hegemónicos han cuestionado la identificación sexo – peligro - pecado y la asociación de feminidad con pureza, mientras que proponen un estilo de relación más centrado en el compañerismo.” (Fuller, 1997; 145)

Esta situación estaría vislumbrando cambios en la sensibilidad masculina. Los varones ya no están de acuerdo con la ortopedia de la sensibilidad que los conduce a establecer un corte entre las relaciones sexuales y el amor. Lo fundamental en este punto es que **la sexualidad ha ingresado al registro de los afectos y se asocia con la intimidad y la vida subjetiva**. Según algunos autores, “recién alrededor de los 20 años, cuando el muchacho se aproxima a la adultez social, el enamoramiento entra al dominio doméstico”. (Fuller, 1997; 144).

Recorridos sexuales de jóvenes varones: algunas aproximaciones

A pesar de que algunos autores hablan de trayectorias sexuales, se utiliza el término carrera para analizar los recorridos que transitan los jóvenes en el plano de la sexualidad. En este sentido, no sólo le sirve para describir el proceso "de cambios en las conductas anticonceptivas de los varones a lo largo del tiempo, sino también para comprender los mismos a partir de las transformaciones operadas tanto en las representaciones y motivaciones masculinas respecto al uso de métodos anticonceptivos, como en las relaciones de pareja" (Infesta Domínguez, 2001; 1)

Resulta relevante destacar, que al momento de iniciación sexual, no se encuentran presente o no se expresan en forma manifiesta, vínculos afectivos o compromiso emocional. Se trata de situaciones imprevistas, en las que se presenta la oportunidad de mantener relaciones sexuales. "La principal preocupación del varón es hacer las cosas bien. El miedo a fallar en el desempeño

sexual, la curiosidad y la excitación eclipsan otras preocupaciones tales como la posibilidad de un embarazo o del contagio de una ETS. Esta situación conlleva, en la mayoría de los casos analizados dentro de los estratos bajos, a la inexistencia de conductas preventivas.” (Zamberlin en Domínguez Mon, Federico, Find Ling y Mendez Diz, 2000; 313).

Podemos realizar una distinción en el grado de utilización de la profilaxis, la cual se encuentra sumamente relacionada con el compromiso y confianza con quien se comparte la relación sexual. En general, su uso es indiscutido cuando se trata de parejas circunstanciales, por el mero hecho de poner en duda su pasado, con el objetivo de evitar un posible contagio.

Zamberlin afirma que conocer a la mujer es un factor suficiente para no recurrir a un preservativo. “Conocer no implica indagar acerca del pasado o historia sexual de la pareja sino que se trata más bien de intuir o deducir el perfil o la reputación de la mujer por lo que ellos ven y por lo que se dice en el barrio (...) El hecho de que los varones vean la necesidad de usar condón sólo en casos que identifican como “de riesgo” refuerza la asociación del preservativo con la infidelidad, la desconfianza, el peligro, la prostitución y la promiscuidad. Dentro de esta misma lógica, el uso del condón con la pareja estable resulta contradictorio y puede ser interpretado como una señal de desconfianza, ya que es visto como innecesario por tratarse de mujeres conocidas que por lo tanto no presentan amenaza de contagio” (Zamberlin en Domínguez Mon, Federico, Findling y Mendez Diz, 2000; 320- 321).

En relación a esta cuestión varias son las posturas, tal como señalan Gogna, Pantelides y Ramos. En contraposición con lo que podría considerarse a partir del sentido común, la percepción del riesgo de enfermar no siempre es uno de los ejes determinantes de los cambios de comportamiento. El origen puede radicar en el hecho de que la opinión de los legos acerca del riesgo de infección suele ser muy variable. Las personas no siempre pueden tener una percepción de riesgo realista. Además, algunos condicionantes emocionales, tales como el miedo, la culpa, entre otros factores, pueden también neutralizar la percepción de ciertos riesgos. (Gogna, Pantelides, Ramos, s-f)

A su vez, la percepción de riesgo también está condicionada por los sistemas de creencias, valores e ideales que conforma una cultura. Los rasgos culturales precisamente enfatizarán ciertos riesgos y disminuirán otros. Asimismo, dichos condicionantes culturales, pueden segmentarse y

trasladarse hacia otras dimensiones, tales como la clase social o el género. (Gogna, Pantelides, Ramos, s-f)

Por otra parte, las conductas de riesgo en caso de algunos individuos pueden estar asociadas al placer, en el sentido de aumentarlo. “Por ende, sería erróneo suponer que la percepción de riesgo en todos los casos conducirá a la adopción de conductas de sexo más seguro” (Gogna, Pantelides, Ramos, s-f; 29)

Como parte de la producción académica, existen muchas investigaciones cuantitativas que centran su mirada en los factores que facilitan u obstaculizan el uso del preservativo. El énfasis se sitúa en las variables que favorecen o limitan su uso. Las que favorecerían la utilización se relacionan con la aceptación personal del condón, la receptividad al uso del condón por la pareja, la prevención de embarazos y la percepción de vulnerabilidad frente a las ETS. Las variables que podrían limitar el uso estarían dadas por la sensación de disminución de placer, la creencia de que el condón convierte al acto sexual en un hecho premeditado, la posible incomodidad, el costo inaccesible, entre otros. (Gogna, Pantelides, Ramos, s-f)

4. Estrategia metodológica

En la investigación, se realizó un estudio exploratorio, cuyo objetivo fue comprender los significados de los jóvenes respecto a la sexualidad y el vínculo entre la teoría y la praxis. El diseño de investigación exploratoria se caracteriza por su flexibilidad, por lo que favorece la sensibilidad hacia lo inesperado y la posibilidad de descubrir puntos de vista no reconocidos previamente. Se trata de un enfoque amplio y versátil en el que teoría y práctica se hallan en interacción constante.

Al apoyarnos en el carácter inductivo (y no deductivo) de las técnicas cualitativas, nuestras conceptualizaciones analíticas surgieron a partir del discurso de los propios actores. En este sentido, no pretendimos evaluar modelos teóricos o hipótesis preestablecidas a priori, sino que buscamos la construcción del conocimiento a partir de las experiencias y trayectorias sexuales recorridas. La flexibilidad de la investigación (otra característica fundamental de la metodología cualitativa) nos permitió reelaborar los objetivos, afinar conceptualizaciones preexistentes de

modo que nuestras consideraciones teóricas se fueron modificando gracias al constante esfuerzo de ir y venir de los datos. (Taylor y Bodgan, 1992)

Consideramos que los significados en torno a la sexualidad construidos por los jóvenes, son producto de la interacción y comunicación mutua, desarrollada dentro de un contexto social específico. La importancia de la interacción social en la conformación de las representaciones constituye el supuesto fundamental dentro de la corriente fenomenológica utilizada en esta investigación: el **interaccionismo simbólico**.

Al abordar las representaciones sobre sexualidad a partir de las trayectorias, partimos del supuesto de que las mismas se modifican continuamente como resultado de las distintas interacciones sociales que poseen los jóvenes analizados. Por ello, las significaciones asociadas a la sexualidad y más específicamente en torno al cuidado y percepción de riesgo se encuentran en constante modificación por el hecho de que el varón a lo largo de su trayectoria construye/modifica sus significados a partir de las interacciones que tiene con su grupo primario, con sus pares y por sobre todo, con sus parejas sexuales.

La unidad de análisis

La unidad de análisis de la investigación son los discursos de los jóvenes heterosexuales de entre 18 y 24 años, de los estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires. La decisión de enfocarnos en este grupo está relacionada con la necesidad de ingresar en un campo escasamente explorado, a diferencia de lo que ocurre con las mujeres, y particularmente con las mujeres de estratos populares. En este sentido, las razones de la elección implicaron algunas decisiones, dada las múltiples dimensiones de la temática y los diversos criterios de selección del sector a estudiar. En nuestro caso particular, los jóvenes debieron estar estudiando una carrera universitaria o haber adquirido su título de grado al momento de la entrevista. Asimismo, contar con cierta experiencia (aunque sea mínima) en torno al ejercicio de la sexualidad activa, lo que nos aseguró la posibilidad de indagar respecto del vínculo entre discurso y práctica. A su vez, para asegurarnos la correspondencia con los estratos medios, se seleccionaron jóvenes que se encuentren trabajando o cuyos padres se encuentren ocupados, asegurando cierto ingreso individual y familiar.

Técnica de recolección de datos

La técnica utilizada en esta investigación fue la entrevista en profundidad semi estructurada. Dicha técnica se presenta como la más apta para poder indagar sobre los discursos y representaciones que los jóvenes poseen en referencia a la sexualidad. La entrevista permite lograr un clima de intimidad y confianza ideal para que los entrevistados respondan en forma distendida sobre las distintas temáticas a tratar, respetando los tiempos y opiniones de éstos.

La no estructuración de la entrevista permite al entrevistado no percibir las intervenciones experimentalmente preconcebidas por el entrevistador y considerar que la entrevista es perfectamente libre y espontánea. (Blanchet, 1985). Siendo que las representaciones sobre sexualidad refieren a espacios muy íntimos de la vida de las personas, realizar las entrevistas en base a este criterio se volvió fundamental para que el entrevistado se sienta más cómodo y pueda expresar libremente sus pensamientos.

Selección de la muestra y trabajo de campo

La muestra de la investigación fue intencional, utilizando el criterio de “bola de nieve” en la selección de los participantes, es decir que cada joven entrevistado pudo contactarnos con otros entrevistados hasta completar un total de 12 entrevistas. El criterio de saturación lo tuvimos en cuenta respecto de la temática en particular, donde comenzamos a percibir similitudes en las reflexiones o miradas sobre los diferentes temas.

Las entrevistas se realizaron entre diciembre de 2006 y marzo de 2007 en bares, casas particulares, universidades, etc. Todos los lugares fueron consensuados oportunamente con los entrevistados.

Abordaje analítico

El material desgrabado fue volcado en matrices de análisis – confeccionadas en el Access- de acuerdo a las dimensiones e indicadores relevantes para el estudio. A través de las matrices, pudimos analizar comparativamente los diferentes discursos y prácticas vinculadas al problema de investigación.

Las dimensiones consideradas fueron:

- Conocimientos previos y ámbitos de diálogo sobre sexualidad
- El momento de la Iniciación sexual
- Vínculos generados, contextos y prácticas sexuales
- Análisis general de las trayectorias

Dentro de cada una de las dimensiones, se seleccionó la información sobre las interacciones sociales propias de cada etapa, las percepciones de riesgo, la forma de vinculación sexual y con ello, el tipo de parejas elegidas, la presencia de estimulantes y el lugar del grupo primario y de los pares; y por último, las nociones de cuidado en materia de la sexualidad.

Para analizar las dimensiones e indicadores expuestos, nos valimos de criterios propios del interaccionismo simbólico: la **exploración** y la **inspección**. (Blumer, S/F)

De esta forma, la exploración y la inspección, representando respectivamente la descripción y el análisis, constituyen el procedimiento necesario para el examen directo del mundo social empírico.

Por último, el interaccionismo simbólico nos sirvió como herramienta fundamental para la construcción de nuestro abordaje metodológico. Así, pudimos comprender y comparar las diversas perspectivas de los jóvenes entrevistados; los significados referentes a la sexualidad y el intercambio comunicacional en el seno de la pareja; el rol de los grupos de pares, la familia, la educación formal; y el análisis retrospectivo sobre las trayectorias sexuales.

Pudimos comprender dichos procesos a partir de las interacciones sociales que se encuentran inmersas, incluyendo aquellos significados que perduran y aquellos que se transforman a lo largo del tiempo. El enfoque de una realidad dinámica, cambiante y desconocida fue nuestro principal motor, por lo que nos propusimos -como premisa fundamental- respetar tanto el escenario “natural” donde los jóvenes transitan sus vidas como las experiencias relatadas, como piedras angulares de nuestra mirada sociológica. (Blumer, s/f)

5. Conclusiones preliminares

El presente estudio se encuentra en la etapa final del análisis y desarrollo de las conclusiones, por lo que los hallazgos presentados a continuación deben ser comprendidos desde su carácter preliminar.

En primera medida, la sexualidad es vivida por los jóvenes de formas muy heterogéneas, por lo que es difícil pensar en algún tipo de generalización. Sin embargo, hemos podido “resolver” este dilema de análisis circunscribiéndonos a ciertos conceptos inherentes a la sexualidad, como el cuidado, el riesgo, las diferentes formas de vinculación, presentes en todos los casos estudiados. Precisamente la investigación permitió comprender que:

- Los ámbitos de diálogo inherentes a la sexualidad son los padres, particularmente el padre, los amigos y en menor medida la escuela. El diálogo no es un común denominador, sino que depende del vínculo que se genere en cada caso con los otros significativos. No obstante, a la hora de la iniciación sexual, la interiorización del uso del preservativo se visualiza como imprescindible y la garantía la ofrece el acceso a la información confiable.
- Existen dos modalidades de iniciación sexual muy recurrentes. Aquellos ansiosos por ingresar en un mundo desconocido pero netamente “masculino”, quienes tienden a iniciarse con parejas ocasionales que sirven más como medio que como fin. “Sacarse la marca” es el fin real. En contraposición, otros priorizan la comodidad, el vínculo con el otro, la confianza, y no les urge iniciarse tempranamente. La pareja sexual adquiere mayor significación.
- Una vez iniciados, las modalidades de vincularse pueden ser diversas: desde las parejas totalmente ocasionales, pasando por amigas / conocidas con cierta significación hasta los típicos noviazgos estables. En términos de cuidados, cuando se trata de parejas totalmente desconocidas, el profiláctico es indiscutible. A la inversa, en algunos casos, cuánto mayor significación de la relación, la negociación anticonceptiva conlleva cierta delegación del cuidado en la pareja.
- En cuanto a riesgos percibidos, el fantasma de mayor presencia es la posibilidad de un embarazo no deseado. Las conductas anticonceptivas se orientan en este sentido. En cambio, la posibilidad de contraer alguna enfermedad de transmisión sexual no se concibe en muchos

casos. El “a mi no me va a pasar” obtura en el imaginario de los jóvenes cualquier inquietud al respecto.

- Varios y diversos son los valores que es posible identificar a lo largo las trayectorias sexuales. La virilidad y el sentido de pertenencia provocan que los varones busquen en la sexualidad el “símbolo” de su masculinidad. Generalmente éstos se hayan más presentes en edades más tempranas. A medida que crecen, otros valores, como son la tranquilidad de espíritu, la libertad, la autorrealización. Éstos provocan que la sexualidad se ajuste más a sus necesidades, volviéndose más elegida y significativa para ellos. Por otro lado, se vislumbran valores relacionados con el vínculo afectivo, con la necesidad de querer a otra persona. Conviviendo con éstos podemos identificar valores tradicionales, como es la unión familiar, transmitidos desde sus núcleos primarios y que muchas veces se encuentran en contradicción con los modelos de vinculación presentes. La posibilidad de proyección en el tiempo salva la distancia entre lo que elijen aquí y ahora y el mañana.

A pesar de haber partido de un problema de investigación acotado como son las nociones de riesgo y cuidado de los jóvenes a lo largo de todas las trayectorias sexuales, contemplamos que problematizar la sexualidad supera cualquier hallazgo de investigación.

La sexualidad humana entendida desde una perspectiva freudiana se constituye de pulsiones que no tienen un objeto definido a priori sino que es la sociedad, y la cultura específicamente quien la moldea y los dirige de tal forma de garantizar al menos discursivamente la vida en sociedad. “La cultura tiende a limitar la vida sexual, la circunscribe al sexo contrario; las satisfacciones extragenitales se prohíben como perversiones. Lo único no prohibido es el amor genital heterosexual. La cultura de nuestros días deja entender bien a las claras que sólo permitirá las relaciones sexuales sobre la base de una ligazón definitiva e indisoluble entre un hombre y una mujer, que no quiere la sexualidad como fuente autónoma de placer y está dispuesta a tolerarla como la fuente, hasta ahora insustituída, para la multiplicación de los seres humanos”. (Freud, El malestar en la cultura; 1929: 112).

En la actualidad somos testigos de nuevas modalidades de vivir la sexualidad, alejadas de este modelo tradicional que menciona Freud, vigente durante el último siglo. Hablar de homosexualidad, transexualidad, bisexualidad no representa un fantasma entre nosotros.

Precisamente estas emergentes maneras de vivir la sexualidad son producto de los procesos de individuación que caracterizan al post capitalismo. El proceso de individuación como principio vigente consiste en que “la biografía del ser humano se desliga de modelos y de las seguridades tradicionales, de controles ajenos y de las leyes morales generales y de manera abierta y, como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo. La biografía normal se convierte en una biografía elegida” (Beck, 2000; 19)

“La individuación significa que los seres humanos son liberados de los roles de género internalizados, tal como estaban previstos en el proyecto de construcción de la sociedad industrial, para la familia nuclear y al mismo tiempo, se ven obligados a construirse, bajo pena de perjuicios materiales, una existencia propia a través del mercado laboral, de la formación y de la movilidad, y si fuera necesario, en detrimento de las relaciones familiares, amorosas y vecinales”. (U. Beck, 200; 21)

Hemos vislumbrado como conviven las representaciones de valores tradicionales con nuevas modalidades como la autenticidad, la búsqueda del placer, de consenso, etc. Estos cambios no interpelan a los sujetos individualmente, sino que alteran las modalidades de vincularse con los otros, provocando cambios en el interior de las parejas, de la intimidad. ¿Cómo se reconfigura la intimidad cuando el eje está puesto en uno mismo?

Los jóvenes, entre quienes nos incluimos, tenemos el enorme desafío de articular estos diversos mundos de significados dentro de una identidad *elegida*. Las posibilidades son infinitas. Esta construcción no puede ser fácil pero no por ello deja de ser atrapante.

Frente a todos estos dilemas, no pretendemos aquí obtener una respuesta acabada de cómo quedará reconfigurado el panorama de la sexualidad y el amor desde la perspectiva masculina, a partir de los cambios mencionados. El esfuerzo ha consistido en esbozar los significados inherentes al ejercicio de la sexualidad desde una perspectiva de género. El intento fue el de ordenar conceptualmente las nociones inherentes a la sexualidad y la masculinidad, vinculando los discursos y las prácticas de los jóvenes.

Sin embargo, la posibilidad de conceptualizar sobre un orden de la vida que de por sí es amorfo y muchas veces ingobernable no resulta fácil. La teoría psicoanalítica puede dar fe a esta afirmación.

Lo que subyace, lo que nos queda es que la problemática de la sexualidad presenta infinidad de aristas y perspectivas de análisis, miradas contrapuestas y semejantes, lugares comunes y muchos poco explorados. Hemos partido de la preocupación concreta de los cuidados y los riesgos en torno a la sexualidad para arribar a los valores, creencias, discursos y prácticas sexuales. Entender que no es posible escapar de una mirada más global de la problemática de la sexualidad es comprender que el cuidarse involucra la necesidad de cuidarse de algo, con alguien o de alguien. Algunas respuestas hemos encontrado, las otras las seguiremos buscando.

6. Bibliografía

- Bourdieu, “*La dominación masculina*”, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000
- Blumer, H. “*La posición metodológica del interaccionismo simbólico*”, apunte de faculta, traducción, Floreal Forni
- Checa, S, “*Género, Sexualidad y Derechos reproductivos*”, Paidós, 2003
- Fuller, N. “*Masculinidades, cambios y permanencias*”, PUCP – Fondo Editorial, Lima, Perú, 2003
- Geldstein, R. N. y M. L. Schufer (2004) *Después del debut, ¿qué?: una mirada a la sexualidad de los varones jóvenes de Buenos Aires*. En: E. A. Pantelides y E. M. López (comps.) *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*. Buenos Aires: Paidós.
- Geldstein, R. N. y M. L. Schufer (2004) *Género, sexo y salud reproductiva. Prácticas e ideas de los varones jóvenes de Buenos Aires*. En: L. Álvarez y A. Rodríguez (comps.) *La investigación en Salud Sexual y Reproductiva: propuestas metodológicas y experiencias prácticas*. La Habana: UNFPA y Publicaciones Azucareras MINAZ.
- Giddens, A. “*La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*”, 1995
- Jodelet, D. (Dir.). (1989). *Les représentations sociales*. Paris: PUF

- Kornblit A., *Sida, entre el cuidado y el riesgo*, Editorial Alianza, Buenos Aires, Argentina, 2000
- Margulis, Cecconi, Curto; *Juventud, Cultura y Sexualidad*; Biblos, Buenos Aires, 2003
- Margulis ; *La juventud es más que una palabra*; Biblos, Buenos Aires, Argentina, 1996
- Necchi, Silvia y Schufer, Marta. *Adolescente varón: iniciación sexual y anticoncepción*, *Rev. chil. pediatr.*, Argentina. 2001
- Raiter, A. Szretter Noste, M. *Representaciones sociales*, EUDEBA, Buenos Aires, Argentina, 2002
- Taylor, S. Bogdan, R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación* (Introducción, Capítulo 1), Paidós, Barcelona, 1992